

Bb-659

San Francisco de Borja



N.º 19

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA

COLONIA-SANATORIO REGIONAL

DE

San Francisco de Borja

PARA LEPROSOS

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

VALENCIA: Tipografía Moderna, Avellanas, 11

Precios de suscripción: un año, 1'50 ptas.

Valencia 8 de Diciembre de 1905

A María
Inmaculada
en su
año jubilar
los
leprosos de
España

Consolatrix afflictorum
o. p. n.

Preparando el viaje

La Junta de la Colonia-Sanatorio para leprosos sigue en correspondencia con la especialidad extranjera que se ofreció á curar dos ó tres leprosos pobres como prueba de la eficacia de su tratamiento, y en trámite algunos detalles referentes á la manutención y alojamiento en aquel país, piensa mandar muy en breve tres enfermos ya escogidos, cuya curación, si se efectúa, será prueba elocuente de la pericia y bondad del procedimiento.

Como este viaje y manutención de los citados enfermos, cuya estancia en el extranjero calcula el especialista ha de ser de un mes cuando menos, ha de ocasionar grandes gastos y sacrificios, la Junta hace nuevamente un llamamiento á las personas caritativas para que le ayuden en esta empresa, de la cual depende la salubridad de la hermosa región de la Marina, dado caso que se confirme el éxito del tratamiento, como es de esperar.



¿QUIÉN TIENE LA CULPA

DE LOS DOLORES QUE SUFRE EL HOMBRE?

Hay muchos que no comprenden cómo puede ser fruto de una bondad infinita y de una eterna justicia la diversidad de condición de unas y otras criaturas en este mundo. ¿Por qué, preguntan, permite Dios que haya grandes y pequeños, ricos y pobres, seres felices y seres leprosos?

La razón y la fe dan la respuesta por medio de la siguiente parábola del Salvador:

«El Reino de los cielos, dice, es se-

mejante á un padre de familia que salió por la mañana temprano á buscar obreros que cultivasen su viña, y ajustándose con ellos por un denario por día, los envió á trabajar. Saliendo después á la hora de tercia, se encontró con otros hombres que no tenían trabajo, y les dijo: Id también vosotros á trabajar en mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. El dueño de la viña volvió á salir á la hora de sexta y á la de nona é hizo lo mismo, y saliendo por fin á la hora oncena, encontró á otros que no tenían ocupación, y les dijo: ¿Por qué estáis así sin hacer nada? A lo que ellos respondieron: Señor, nadie ha venido á darnos trabajo. Entonces él les dijo: Id vosotros también á trabajar en mi viña. Cuando llegó la noche, el señor dijo á su administrador: Llamad á los trabajadores y pagadles su salario, empezando por los últimos que han venido. Se acercaron los que habían ido á la oncena hora y recibieron un denario cada uno. Viendo esto los que habían empezado á trabajar primero, creyeron que iban á recibir una cantidad mayor; pero como no se les diese más que un denario, empezaron á murmurar del padre de familia, diciendo: Esos no han trabajado más que una hora y les dais lo mismo que á nosotros, que hemos sufrido todo el peso del día y del calor. Pero el padre de familia, dirigiéndose á uno de ellos, le dijo: Amigo mío, no soy injusto contigo; ¿no habíamos convenido en que te daría un denario por tu jornal? Toma lo que te corresponde, y vete. Pues qué, ¿no puedo yo dar á estos últimos tanto como á vosotros, si así es mi voluntad? ¿Habéis de ser vosotros malos porque sea yo bueno?»

Admirables palabras que significaban: Porque soy generoso con tu hermano, ¿tendrás tú derecho para quejarte, siendo yo justo contigo? ¿No soy dueño de distribuir mis favores como me agrade? ¿No me será permitido dar á uno más que otro con tal que no perjudique á nadie, y todos recibirán más

de lo que debía darles? Ahora bien: nosotros somos esos trabajadores, y Dios puede dar la misma respuesta á los que murmuran. Nunca tenemos derecho para quejarnos, porque todos, aun los menos favorecidos, hemos recibido de su munificencia más de lo que merecíamos; y al concedernos la vida, nos ha dado mucho más de lo que nos debía, puesto que no nos debía nada.

Hay muchos á quienes no satisface esta respuesta, é insisten en sus lamentos porque no conciben una existencia de penas y de amarguras. Pero es porque no lo miran con los ojos de la fe, pues ésta nos enseña que más allá de la tumba hay otro mundo, otra vida, en la que Dios reserva al peregrino fiel una felicidad mucho mayor que su virtud. Como el Señor lo sabía, pudo muy bien contar con nuestra paciencia sin dejar de ser justo, y esto es cabalmente lo que ha hecho. A pesar de que preveía vuestros dolores, hombres que sufrís, pobrecitos leprosos, pronunció el *fiat* creador, ¡bendito sea! Porque el viajero que sabe que le espera una madre con los brazos abiertos para recibirle al fin de su jornada, no tiene derecho de quejarse ni del polvo del camino ni del calor del sol.

Si la vida es tan amarga, es fruto del pecado del hombre. Reflexionando bien, comprenderemos que la santidad en el mundo es el orden, y que el orden es la felicidad. El pecado, por el contrario, siempre es un desorden, y á poco que sondeemos, le encontraremos en la raíz de la mayor parte de los dolores. Colocado entre Dios y su obra, armado de la fe para ser iluminado y de la libertad para elegir, el hombre olvida sin cesar el mundo invisible para dirigir sus miradas y su corazón hacia la criatura. En vez de pedir á Dios y á la inocencia las alegrías puras que dilatarían su alma hasta lo infinito, el insensato las repudia y va á buscar la felicidad en los brutales éxtasis de la embriaguez, del juego y de la voluptuosidad. De aquí los crímenes que aterran al mundo; de

aquí las lágrimas que le inundan. En una palabra: el hombre es, sobre todo, desgraciado, porque hambriento de felicidad, la busca donde no se encuentra.

Si queremos ver nacer una aurora dichosa para el mundo, comencemos por reedificar primero en nosotros, y después en derredor nuestro, la maravillosa *ciudad de Dios*. Seamos justos; amémonos los unos á los otros y sepamos vencernos. A este precio nos será concedido el ver á la tierra conmoverse bajo la mirada radiante de la paz, reconciliada con la libertad.

Los que tienen bienes de fortuna que se acuerden de los pobrecitos leprosos, éstos que sean resignados, y Dios Nuestro Señor, dador de todo bien, hará que nuestra patria se vea limpia de los horrores de la lepra, imagen pálida de lo horrible del pecado.



FELIZ NOTICIA

Con paciencia jobiana había construído en lo más escabroso de la sierra una casuca de piedra, y allí podía decirse que se había enterrado en vida el pobre tío Juan.

Cuantos discurrían por su puerta, cazadores ó leñadores, observaban que nunca la tenía abierta, y es que el buen hombre huía de todo trato social, y en cuanto se apercibía de que alguien merodeaba por aquellos andurriales, se encerraba dentro de casa y no salía de su escondite en todo el día.

Algunos llamaban á la puerta por curiosar, otros por conocer al que la habitaba, pero nadie conseguía verle ni hablarle.

Cuando bajaban al pueblo preguntaban á los vecinos sobre el misterioso personaje, y sólo obtenían esta lacónica respuesta:

—¿Se refiere usted al tío Juan? ¿Al que vive allá arriba en la trocha? Es un santo.

Efectivamente, un santo debía ser el que, sacrificando goces y placeres, se arriesgaba en aquellos vericuetos á una vida de asceta.

¿De qué se sustentaba?

Alguien se encargaba de ello. Todos los días, sobre inmensa mole de piedra desgajada de la montaña á cien metros de la casuca, mano misteriosa dejaba un pequeño cesto con viandas que el tío Juan recogía inmediatamente para que pudiera retirarlo el mismo que lo traía.

Y al día siguiente ocurría lo propio, y así había pasado más de diez años en aquella soledad agreste, sin sentir los afectos íntimos y dulces de la familia, ni ir á la parroquia en donde tantas horas felices y de piadoso recogimiento había experimentado en los mejores años de su existencia.

No era de su gusto el vivir aislado de la gente, y á no haber tenido bastantes fuerzas de resignación cristiana, es probable que se hubiera despeñado monte abajo por no sufrir las torturas que atenazaban su corazón.

¿Y por qué fué allí? Por amor á la humanidad.

Un día se sintió enfermo, el médico le dijo que el microbio de la lepra le había emponzoñado la sangre, que era un peligro para su familia, y él, sin necesidad de que nadie se lo aconsejase, se alejó del pueblo inmediatamente para no tener remordimientos de haber contagiado á ninguno de los suyos ni de los demás.

Y trepó el primer cerro que le salió al paso y traspuso la ladera y se internó en lo más escabroso de la montaña. Y en uno de sus repliegues, casi á la cumbre, sobre una terraza espaciosa desde la que se divisaba el azulado mar, se construyó á fuerza de trabajo una madriguera para resguardarse de las inclemencias del tiempo y de los hombres.

A la puerta plantó unos árboles que le ofrecían sombra bienhechora en el verano, y más abajo roturó un trozo de tierra para huerta que regaba con el escaso caudal de agua del manantial que brotaba junto á la casuca.

Con el tiempo enjabelgó el muro y practicó en él pequeña hendidura, en donde incrustó una devota imagen de María Inmaculada, de azulejo, que le trajo su familia.

Aquel improvisado altar formaba todos sus encantos; ante él pasaba horas enteras rezando en medio del silencio misterioso de las selvas, interrumpido solamente por el susurro de la fuente y el murmullo de los pinos.

Era este el único goce que experimentaba en aquella amarga soledad; la Reina de los Cielos derramaba á torrentes en su pobre espíritu los tesoros de sus gracias divinales, tesoros que él saboreaba con inefable delicia.

De vez en cuando le visitaba el cura del lugar, que le infundía grandes alientos: él le recibía con satisfacción suma y sentía que pasaran rápidamente las horas de la visita.

Pero era precisa la separación, otras almas reclamaban su presencia en el pueblo, y el tío Juan, al marcharse el párroco, permanecía inmóvil como una estatua á la puerta de la casuca, contemplando tristemente cómo desfilaba el venerable sacerdote ladera abajo, dibujándose su negra silueta en las malezas y peñascales.

En una de las visitas trájole éste la noticia de que se había tomado con calor la idea de levantar un sanatorio en Fontilles para los pobres leprosos; que en él se albergarían los dispersos en la montaña y los aglomerados en los hospitales; que tendrían en él su iglesia y su capellán para cumplir con todos sus deberes religiosos y un médico que curase sus llagas cancerosas.

El señor cura le dió detalle de todo y observó que el rostro del tío Juan se inundaba de júbilo, que latía su corazón violentamente, que sus labios balbucían palabras de gratitud para sus iniciadores y protectores...

—Y, dígame usted, padre, ¿tardará mucho en hacerse ese sanatorio?

—Ya lo estaría, si no fuese porque en todas las grandes empresas hay siempre envidiosos que se interponen y las destruyen.

—Pero, ¿puede haberlos para obra de tanta utilidad para los pobres leprosos?

—Los ha habido.

—Parece imposible.

—Sí, dices bien; aunque ya se desvaneció la tormenta y vuelve el sol á brillar en todo su esplendor.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Digo que dentro de poco tiempo los pobres lacerados tendrán en lo más sano y hermoso de la comarca de la Marina un asilo donde recibirán en comunidad los auxilios de la Religión y de la ciencia.

El pobre tío Juan estaba atónito.



Los vecinos de Laguar celebran con entusiasmo el desprenderse de sus propiedades en beneficio de los leprosos.

Después de tantos años de sufrimientos veía por fin vislumbrar en el negro horizonte de su vida una luz pura y diáfana.

Aquel día era para él el más feliz de su existencia, y cuando el señor Cura bajó la escarpada pendiente y se ocultó á su vista, corrió lleno de júbilo á postrarse á los pies de su excelsa Patrona María Inmaculada, y con devoción ardentísima, con esa piedad viva y entusiasta del verdadero atleta de Cristo, gritó con voz de trueno que repercutió por montes y collados, por valles y llanuras:

«¡Gracias, Madre mía, gracias!»

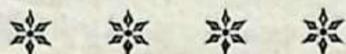
Y arrobado en tan dulces pensamientos, permaneció orando largas horas.

La noticia había producido en el tío Juan más efecto que todas las medicinas de la farmacopea humana.

¿Qué beneficios no producirá el día que se convierta en realidad tan laudable obra?

¡Sanatorio de Fontilles, bendito seas!

M. GIMENO PUCHADES.



¿Es ó no contagiosa la lepra?

Habiendo llegado á nuestras manos la Memoria-dictamen que el inteligentísimo leprólogo D. Manuel Zuriaga presentó al Ayuntamiento de Valencia en 1897 bajo el título que encabeza estas líneas, nos ha parecido de suma utilidad reproducir en nuestra Revista tan acabado trabajo para que nuestros lectores puedan formarse idea de las opiniones más autorizadas en esta materia, resumidas y comentadas con gran claridad en la citada Memoria.

Empieza así:

INFORME

sobre la naturaleza contagiosa ó no contagiosa de la lepra, y medios que conoce la ciencia para impedir el desarrollo y la generalización de esta enfermedad.

PRIMERA PARTE

EXPOSICIÓN DE HECHOS Y OPINIONES

A.—Datos presentados y opiniones emitidas por varias autoridades médicas que han hecho estudios sobre la lepra.

a—Datos de observación clínica

I

En el momento en que se discuten en todas partes los problemas referentes á la lepra, he aquí un trabajo considerable que ha pasado casi desapercibido. El profesor Propheta (de Palermo), después de las experiencias resultado de la observación de ciento cuarenta y dos leprosos, se pronuncia contra la transmisión y rehusa el colocar este mal entre las *zoonosis*.

Sin embargo, los razonamientos sobre los cuales él hace basar su argumentación están todos recogidos exclusivamente en la clínica, razón por lo cual el autor confiesa ingenuamente que las investigaciones microbianas le son poco familiares.

Esta consideración nos permitirá pasar brevemente sobre toda la parte de la Memoria relativa al examen de la sangre, de los tubérculos y de la crítica de las doctrinas actuales, en el seno de las cuales él no encuentra dificultad en demostrar algunas contradicciones.

Propheta sostiene la herencia de la lepra. Esto es, por lo menos, lo que él ha podido comprobar sobre las tres cuartas partes de sus enfermos, y presenta ejemplos de lepra transmitida hasta la cuarta generación, haciendo notar además que á la rareza ó frecuencia de los matrimonios de los leprosos es á lo que es preciso atribuir la disminución ó el aumento de la enfermedad en las diferentes localidades de Sicilia.

Sostiene también que la lepra no es contagiosa; veintisiete de sus enfermos han vivido durante largos años en la intimidad de la vida conyugal, sin que ni un solo caso de transmisión haya podido comprobarse. Niños que han sido completamente amamantados por nodrizas leprosas ó vacunados con flúidos tomados de sujetos leprosos no contrajeron la enfermedad.

Cuando en una misma familia se ve á la enfermedad declararse en uno de los padres y en un hijo, siempre la enfermedad ha aparecido primero

en el ascendiente, prueba evidente de que se trata de la herencia y no del contagio. Y cuando la herencia ha faltado, el autor no ha observado jamás más de un enfermo en la misma casa, aun en las reducidas y estrechas, las menos aireadas, las construídas en las mejores condiciones para la transmisión del contagio.

En fin, en ciertos países ha visto algunas veces á un solo leproso, y este enfermo no había abandonado nunca su aldea y no se había jamás puesto en comunicación con ningún sujeto atacado de esta enfermedad. No se puede de ningún modo tratar del contagio en semejante caso.

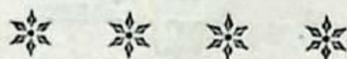
No contento con todos estos argumentos, Propheta no ha temido recurrir á la experimentación que él ha practicado, no sobre los animales—porque le ha parecido poco probable que ellos puedan hacerse leprosos,—sino sobre el hombre mismo.

El autor ha sometido, pues, á la inoculación á dos mujeres, de veinticinco y treinta y un años, y á ocho hombres, entre los cuales se cuenta el autor en primer lugar, después el Dr. Cagnina, otros seis sujetos de edad de treinta y cinco, cuarenta y siete, veintinueve, cuarenta y cuatro, veinticinco y cuarenta y tres años, todos prevenidos del daño posible y resueltos á afrontarlo. En algunos casos el autor tomó pus de las úlceras, sangre de las superficies de escarificación ó de superficies desnudadas por medio del vejigatorio; otras inyectó debajo de la piel, por medio de la jeringa de Pravaz, sangre tomada del centro mismo de un tubérculo leproso ó de los puntos donde la anestesia se podía comprobar mejor; el resultado de estas experiencias ha sido siempre el mismo.

He aquí hechos precisos, multiplicados y varios que presentan el más alto grado de carácter científico. No datan de ayer y no han sido instituídos por el autor por deseos de una argumentación antimicrobiana, puesto que la primera serie de estas experiencias se remonta á 1868. Los resultados todos fueron negativos. Cualquiera que sea la opinión que dicte en el día de hoy la microbiología sobre la esencia de la lepra, se tiene el deber de tomar en cuenta estas investigaciones tan importantes y conceder una plaza entre las de más mérito al profesor distinguido que ha tenido el valor de emprenderlas.

L. Julien.—Resumen de una Memoria escrita sobre la elefantiasis de los griegos por el profesor Propheta, de Palermo. (Giornale delle S. C. med., 1884, fasc. 4).

(Se continuará.)



Crónica de la caridad

Para que no desmayemos en nuestra caritativa empresa, el Señor se digna de cuando en cuando mover los corazones de las personas piadosas, y son frecuentes los estímulos que recibimos de todas partes para seguir trabajando en pro de los pobrecitos leprosos.

En el número anterior publicamos la carta de un señor canónigo; hoy vamos á reproducir la de un ilustrado capitán, profesor de la Academia de Infantería.

Hela aquí:

«Toledo 20 Noviembre 1905.

Sr. Administrador de LA LEPROSA.

Distinguido señor: Enterado estoy hace algún tiempo de la grandiosa obra que se intenta llevar á cabo en esa región para fundar un Sanatorio-Colonia para leprosos.

Dios bendecirá tan santos propósitos y permitirá que tan levantados ideales tengan un cumplimiento cierto.

Desde que por un virtuosísimo sacerdote de esta población tuve noticia de esta obra de caridad me propuse contribuir con algún fondo á su consecución, siendo diversas las causas que han retardado hasta hoy ponerlo en su conocimiento. Pero estando decidido á contribuir en la medida de mis fuerzas á la obra del Sanatorio, remito adjunta libranza del Giro mutuo por valor de 10 pesetas en concepto de suscripción á la Revista que usted administra, y anuncio á usted que deseo también ayudar con 100 pesetas anuales, por espacio de diez años, á las obras de la Leprosería.

El primer trimestre del próximo año 1906 remitiré á usted la primera anualidad.

Aprovecha esta ocasión para ofrecerse de usted afectísimo seguro servidor q. b. s. m.,

JOSÉ MONTÓN.»

También se han recaudado en esta Administración las limosnas siguientes:

	<i>Pesetas.</i>
D. Vicente Tatay.	50
D. ^a Anita Tatay, viuda de Garrido.	25
D. Salvador Romero.	5
D. Jenaro Mira.	10
D. Salvador Máximo Pons.	5
Excmo. Sr. D. Pascual Guzmán.	25
D. Eugenio Reduán, de Concentaina, por suscripción á LA LEPROSA.	1'50
D. Miguel Blasco, de Burgos, por sus- cripción á LA LEPROSA.	2

El Tesorero de la Junta ha recaudado:

	<i>Pesetas.</i>
D. ^a Desamparados Alonso, viuda de Llopis.	25
D. Roberto Gómez.	50
Ayuntamiento de Vallada.	100
D. Antonio Garín ha entregado en Ma- drid.	25

D.^a María Isabel Prota y Carmena, de Madrid, se ha suscrito por 1.000 pesetas, pagaderas en diez años.

Dios se lo premie á todos.



PARA NAVIDAD

Con el fin de propagar el conocimiento de la obra de la Leprosería y estimular á todos los amantes de los desgraciados á cooperar á la realización de tan magna empresa, la Junta del Patronazgo ha acordado mandar á cuantos lo soliciten y por el precio de SEIS PESETAS un ejemplar del magnífico libro titulado «Caridad Heroica».

Tengan en cuenta que estos pedidos no se servirán más que hasta fin de Diciembre, y que el citado libro, tirado con gran lujo, consta de más de 100 grabados, y el texto, debido á una de las más esclarecidas plumas en el campo de la literatura, es ameno é instructivo en sumo grado y propio para personas devotas y piadosas.

Allí donde se establecieron Juntas de propaganda existe el libro. Véanlo cuantos quieran y podrán apreciar la baratura con que se da, por obsequio especial de Navidad y sólo hasta fin del corriente año.

Los pedidos á la Tipografía Moderna, Avellanas, 11, Sr. Administrador de LA LEPROSA.

Tip. Moderna, Avellanas 11, Valencia



CARIDAD HEROICA

Para perfecto conocimiento de la importancia del Sanatorio se ha escrito un libro que lleva este título, editado con gran lujo é ilustrado con más de 100 grabados; consta de 187 hojas, papel satinado, tamaño folio mayor, y cuya adquisición puede conseguirse mediante una limosna que no baje de 25 pesetas en favor de los pobres leprosos.

En la primera de las tres partes en que el texto se divide se trata de la lepra desde antes de Jesucristo, haciendo notar la predilección de Dios acerca de los leprosos, los mártires de los atacados de este mal, y el cuadro sinóptico de la ley y conocimiento de la enfermedad leprosa, según Moisés.

En segundo término da á conocer los dictámenes que sobre «La lepra en España» han emitido los Dres. Peset, Poquet, Calatayud, Hernando, Zuriaga, Iranzo, Piqueras y De la Sota, y los Congresos internacionales de higiene y demografía.

Y se ocupa, por último, del origen, aprobación y asiento de la Colonia-Sanatorio, la que ofrece como remedio al mal de lepra; del apoyo moral y científico de la nación, incluyendo las bendiciones del Episcopado español y la última palabra de la ciencia, terminando con un hermoso capítulo titulado *Digitus Dei est hic*, en el que se demuestra es verdadera obra de Dios la Leprosería Nacional de San Francisco de Borja.

